

Relatos breves
(1989 – 1997)

por
María Olmedo Soler

Editorial Mos

@ María Olmedo Soler

Todos los derechos reservados

Índice

La última idea de la Creación	Agosto-1989
Un pueblo.....	Octubre-1989
Un sueño de infancia.....	1990
¿Pueden amar los animales?	Junio-1992
SIDA	Enero-1993
El pescador	Julio-1993
El pueblo fantasma.....	Febrero-1994
A mi esposo	Abril-1994
Una hoja arrancada	Septiembre-1994
El reto de conocerme	Marzo-1995
Futura carta de amor	Febrero-1997

La última idea de la Creación

por María Olmedo, 18 de agosto de 1989

Dios estaba muy ocupado esos días. Después de hacer muchos planos, dibujos y bocetos, ya estaba listo para empezar su mayor obra, y podría al fin descansar.

Hizo el mundo, colocó en él plantas y añadió los animales. Y quedó bastante satisfecho del resultado.

Más adelante decidió ponerle la guinda al pastel, colocando en el mundo a unos seres más inteligentes para que pudieran hacerse cargo de cuidar el mundo en su nombre, para dejarle descansar a Él. Pensó en colocar dos especies, y así lo hizo : En la tierra estaría el hombre, y en el mar el delfín. Pero creyó que sería mejor ir poco a poco, y primero se encargó de hacer evolucionar al hombre, para después dedicarse al delfín.

Y así fue. Durante muchos siglos el hombre fue mejorando, o al menos progresando. Porque durante ese tiempo Dios tuvo tiempo de sobra para darse cuenta de cómo era el hombre y se dijo : "Me costó mucho hacer el mundo, diseñar cada pétalo de cada flor y cada gota de cada mar, y siempre me he sentido muy orgulloso de él. Y allá por donde pasan mis queridos hijos, no dejan piedra sobre piedra ni animal en bosque. Cometí un pequeño error al darle tantas responsabilidades a un ser que aún es un crío y no es consciente de su poder. Esto no lo puedo remediar, pero no cometeré dos veces el mismo error. Pensaba hacer que los delfines evolucionaran para que pudieran hacer cosas allí, bajo las aguas, y más tarde sobre ella. Pero he cambiado de opinión. Creo que ellos están bien así, conscientes de su inteligencia pero también conscientes de sus limitaciones. Y conociendo mis amigos del mar a los hombres, serán de la misma opinión. De momento tengo bastante con arreglar las chapuzas que crea el hombre.

Un pueblo

por María Olmedo, octubre de 1989

Lo recuerdo como si fuera ayer. Con su pequeño y semiderruido campanario y sus casas antiguas de piedra y barro. Su gente, tranquila y sencilla ; y algún perro famélico que paseaba por las callejuelas del lugar, buscando un pedazo de pan. Fui allí muy joven y me quedó grabado en la memoria todo lo que vi.

Era un pequeño pueblo, escondido entre las altas montañas del norte. El campo que le rodeaba vida y alegría. Cientos de pájaros multicolores cantaban sobre las ramas de los árboles centenarios y al este del pueblo había un denso bosque de cientos de pinos. Entre ellos se escondían conejos y lobos.

Yo, viniendo de una próspera e informatizada ciudad, me sorprendí al ver cómo, con un pequeño canalillo, construido por las gentes del pueblo, llevaban agua a sus casas desde el río. No había televisión y únicamente contaban con una radio. Ni nevera, ni lavadora, ni coches... nada.

Recuerdo que me acerqué a una anciana que hacía algo con las manos, sentada en los desiguales escalones de su casa. Estaba haciendo con cañas una cestita. Tenía junto a ella otra cesta y un sombrero de ala ancha del mismo material. Trató de enseñarme a hacer cosas con cañas, pero sus manos se movían con tal rapidez al hacerlo que no era capaz de imitarla.

En un paseo que di por las calles del pueblo, encontré un perro muy delgado con el que compartí mi bocadillo. Tras ello el perro comenzó a seguirme y no pude deshacerme de él hasta que me metí en una vieja ermita, sin tejado ya y llena de escombros y suciedad.

También en el pueblo había burros, caballos, gallos y gallinas.

Las noches que pasé allí fueron maravillosas. Cuando el sol se ponía por la colina tiñendo el cielo de rojo, me sentaba bajo un pino hasta verlo desaparecer, dando paso a una noche estrellada e iluminada por la luna.

Era un lugar tan tranquilo y silencioso que parecía no pertenecer a este mundo. No desde luego al mundo del que yo provenía de coches, contaminación, masas de gente sin nombre pero con mucho estrés. Sin complicaciones.

Hoy, cuarenta años después, añorando este lugar más que nunca al llegar a la vejez, he vuelto al pueblo. Lo he encontrado como siempre : con sus nueve o diez habitantes trabajando en el campo o haciendo cestas en la puerta de sus casas. Con esa paz que en ningún otro lugar he encontrado. Nada había cambiado aquí. Y aquí quiero yo pasar el resto de mi vida, para aprender a vivirla plenamente.

Un sueño de infancia

por María Olmedo, 1990

Siempre me había gustado. Del tiempo en que íbamos juntos al colegio; luego, al ir haciéndonos mayores, este sentimiento se convirtió en algo más.

Pero yo siempre había sido la tímida y tonta del barrio, la mosquita muerta que sacaba buenas notas y a quien nadie prestaba atención. Él, por el contrario, era uno de los famosos del colegio. Alto, guapo, que vestía a la moda y sabía divertirse. Además, aunque a esto los demás no daban tanta importancia, era inteligente, amable y le gustaban los animales.

Recuerdo que siempre tenía varias chicas detrás de él. Yo hubiera querido a veces estar con ellos, pero en vez de ello me escondía en un rincón. Me acuerdo especialmente de una de esas chicas, que se llegó a convertir en mi gran rival, aunque nadie lo supiera pues, ¿de quién iba yo a ser rival? Las otras no me preocupaban nada pues veía que él tampoco podía aguantarlas. Eran - al menos para mi gusto - demasiado tontas o ególatras. Pero ella era diferente, muy lista, supo retenerle siempre junto a ella, orgullosa, guapa y posesiva.

Una tarde él me llamó por teléfono y me invitó a ir con él a tomar algo; me dijo tras cierto titubeo, que la otra cita le había fallado. No podría yo asegurar si esa excusa era cierta pero al principio había dudado si decírmelo, o si en realidad había pensado invitarme a salir. Me pregunté dónde podía estar ella, que por un descuido, le había dejado escapar de sus redes.

Resultó una noche maravillosa. No hablamos del colegio, de la moda o de la música; recordamos lo que antes nos divertíamos juntos, jugando a la pelota, a las casitas, con sus coches... Cuando no nos importaba lo que dijeran los demás. Recordamos los cuentos de piratas y castillos que nos contaba su madre todos los sábados por la tarde.

Después me acompañó a casa, me dio un beso en la mejilla y, tras desearme buenas noches, se marchó rápidamente.

Al día siguiente le encontré de nuevo con ella, que vigilaba que no se volviera a escapar. Y no volvimos a tener más noches hermosas, no volví a tenerle nunca más ni un rato, sólo para mí.

Terminamos el colegio y nos fuimos a la universidad. Yo marché un año a Inglaterra; a mi vuelta él ya no vivía en la ciudad. Tampoco ella vivía ya aquí. De ninguno de los dos tuve noticias durante mucho tiempo.

Pero un día él volvió. Apareció en el portal de mi casa en una hermosa mañana de primavera, llevando una rosa roja en la mano. Me dijo que estaba harto de esa vida mecánica y fría que había llevado hasta ahora; que deseaba volver a transformarse en el pirata de uno de los cuentos de su madre, que quería volver a jugar a la pelota, que quería volver a columpiarse en el parque; que quería recuperar la infancia que le habían hecho terminar tan pronto; y todo ello, lo quería hacer conmigo.

¿Pueden amar los animales?

por María Olmedo, 19 de junio de 1992

A lo largo de mi vida he tenido siempre algún animal a mi lado, un hámster, unas tortugas, un pájaro, pero sobre todo, perros. Y he dado a todos estos animales todo mi cariño, les he querido y cuidado. Pero, ¿y ellos? ¿Qué se puede decir de lo que sentirán ellos al vivir conmigo, jugar, dormir y comer conmigo?

Muchas personas dicen que los animales no tienen alma, que son simples seres vivos, irracionales, que actúan únicamente guiados por su instinto.

Pero entonces, ¿cómo explicar el comportamiento de esos animales que se vuelven locos al ver morir a sus crías, aquellos que mueren encerrados en jaulas tras perder una hermosa vida de libertad salvaje? ¿Y aquellas fantásticas y emocionantes historias de animales, especialmente perros, que todos hemos oído en alguna ocasión, que recorrían enormes distancias buscando a su dueño o permanecían fieles junto a él al morir éste.

Sí, claro. Para todo esto podemos encontrar una explicación racional, como para todas las cosas de este mundo; aunque todos admitimos que hay cosas que escapan a nuestro entendimiento, no aceptamos ésta como una de ellas. Pero más allá de toda razón, igual que le pasa al hombre, ¿no podrían también amar los animales? No intentemos buscar el amor en una parte de su cuerpo; ni está en su cerebro ni en su corazón. Tampoco se encuentra el amor del hombre allí - por mucho que así lo pintemos siempre - y sin embargo, ¿quién no ha amado alguna vez, de uno u otro modo?

Por ello no voy a buscar pruebas de lo que digo, ni siquiera pienso que haga falta; cada cual es libre de pensar lo que quiera, y por eso sería imposible para mí concebir el cielo sin animales, porque su amor, igual que el nuestro, está en su alma.

¿Cuántas veces habrá demostrado un perro amar al hombre más de lo que éste pueda amarse a sí mismo? Que nadie me convenza de que los animales no aman, y que aman porque tienen alma; que Dios me libre de equivocarme, porque la inocencia de los animales, como la de los niños, será la primera que quiera ver en el cielo.

Una de las características del hombre es la inteligencia, y con ella también los sentimientos de avaricia, individualismo, envidia, desprecio... El odio... No. He visto odiar a los animales, pero únicamente por la pérdida de su familia, de su hogar... No deseo buscar las razones del odio del hombre, pues raramente pueden deberse a causa tan digna.

Si pudiéramos aprender a ser "civilizados como los animales", ellos nos enseñarían el instinto del amor.

(P.D.: ENERO-1995: Tras pasar un día entero junto al cuerpo de su amo muerto, sin dejar a familiares ni amigos del difunto acercarse, un perro se tiró por el balcón de la casa: ¿Lealtad, o amor hasta el límite?)

SIDA

por María Olmedo, 27 de enero de 1993

Llegaba a la tienda, como cada mañana, para comer allí y estudiar hasta que empezaran las clases. Cuando alcanzaba la puerta encontré una mesa junto a ella, en la acera, y un grupo de jóvenes que se dirigían a la gente llevando bolígrafos en la mano.

"Ahí están, como anteayer - pensé -, si me pillan tendré que darles bastante dinero".

Un chico se me acercó. No debía tener más de veinte años ; su aspecto era bueno, su voz suave y me pidió muy educadamente que firmase en un papel.

- Ya os firmé el otro día...

- No importa. Es para ayudarnos.

Apoyé la carpeta en la mesa y firmé en el papel y en las casillas que me indicaba : mi nombre, mi D.N.I. y mi profesión ; sólo eso. Mientras, el chico me iba hablando, aunque yo - igual que me pasó el otro día - apenas entendía lo que me decía. Pero ahí estaba, un rostro que no recuerdo pero una voz muy dulce, diciéndome que era un grupo de seropositivos, que había muchos como ellos, portadores o enfermos de SIDA y que necesitaban mi ayuda.

Por supuesto, en cuanto dejé el bolígrafo llevé la mano a la cartera : sólo unas monedas. Cogí un puñado.

- Me temo que no tengo más y necesito para el autobús.

- Las chicas guapas me suelen dar 2.000 pesetas.

"Ni soy guapa ni soy buena."

- Pero es que no tengo más.

- Es igual, me puedes hacer un talón.

- Un talón, como que tengo yo para eso...

Un talón no pero... las 3.000 pesetas que esa misma mañana me habían pagado por cuidar unos perros, bien invertidas en casa.

Dejamos las bromas; yo recogí mi carpeta y me dispuse a irme. Estaba entrando en la tienda cuando oí que me llamaban. Era el chico de nuevo que me decía que volviera. Cogió un cassette que tenía sobre la mesa entre otros cassettes y folletos, y me lo dio : "Frente al muro".

- No es como el de ningún cantante famoso, pero lo hemos hecho nosotros.

Le di un par de vueltas en la mano ; lo quería, pero...

- ¿Lo vendéis ?

- ¿No ?

- Entonces, ¿me lo regalas ?

- Sí, claro.

Sólo pude decirle "gracias" y me fui. Pero había tanto que me hubiera gustado decirle, tanto que preguntarle. ¿Qué sentía él ? ¿Qué podían sentir esos chicos que han visto limitada su vida por un error suyo, o de sus padres, o simplemente del destino ? Y no es cuestión de culpar a la sociedad en que vivimos porque ella no ha creado el SIDA. Pero sí ha creado la situación de indefensa y rechazo que sufren estas personas; y yo, yo también formo parte de esta sociedad. Una sociedad que rechaza a los negros, a los drogadictos, a los enfermos, y a tantos otros simplemente por miedo, miedo a lo que no comprende. Miedo a su lado oscuro; porque recordemos que también estas personas son parte de la sociedad.

Pero ahora no era la sociedad la que me preocupaba, sino ellos. ¿Qué podían pensar, sentir, viendo a los otros pasar casi sin detenerse a su lado, para olvidarlos unos minutos después ? Esos chicos que nunca conocerían lo que era una vida normal, algunos sin poder hacer planes para el futuro, y sin poder amar.

Hace un tiempo traté de escribir una historia sobre un chico drogadicto y lo tuve que dejar ; porque me era imposible escribir sobre algo tan lejano y desconocido para mí ; porque la historia la tenía, el argumento, bueno. Pero me faltaba conocer los pensamientos de ese chico, sus miedos y deseos; lo que interiormente le podía hacer la droga, era algo totalmente obtuso para mí.

En esa época yo me preocupaba por la droga, pero no veía en ella otro mal que el suyo propio. Pero hoy el chico del bolígrafo me ha presentado el lado más triste: Con la droga se matan poco a poco y sin darse cuenta; pero la droga les había traído el SIDA, y éste les mata rápidamente, en su juventud, y son a la fuerza patéticamente conscientes de su muerte.

Y yo sigo rezando a Dios por las noches por una muerte serena en mi cama, sin sufrimiento y cuando mi vida haya dado su fruto. Y cuando dentro de veinte años, siga rezando a Dios por una muerte serena y sin dolor, tras una vida fructífera, deberé acordarme de esos muchachos que hoy cruzaron por mi vida y que tal vez no estén ya aquí para pedir a Dios lo mismo.

Por eso esta noche pensaré en la muerte que Dios me depara; pero mañana agradeceré la vida que Dios me regala.

El Pescador

por María Olmedo, 19 de julio de 1993

Cuando aún las estrellas brillan en la noche, pero los búhos ya se van a descansar; a esa hora entre la noche y el alba, la más tranquila del día, es cuando me levanto.

No necesito ni sol, ni gallo ni esposa que me despierte; es la costumbre de más de cincuenta años la que me despabila para que sea yo quien despierte al resto de la casa.

Todo está ya listo, preparado desde el día antes, sobre la mesa de la cocina, pero hay que revisarlo todo con calma, pues la cabeza no funciona como antes y quién sabe si ayer olvidé coger los anzuelos, revisar las cañas y guardar el cebo. Pero todo está bien, aún no chocheo. Sólo queda, pues, meterlo todo en la bolsa. Un bocadillo hecho con pan de ayer, que no le quita sabor al estupendo chorizo que hace Agustín, y una cerveza - hoy es un día especial -, habrán de guardarse en la bolsa, junto a los gusanos. En la casa nadie se ha despertado; claro, la Rosa ya está medio sorda y el perro, igual que su ama. Al chico no hay bomba que le despabile a estas horas de la mañana. Ese no seguirá los pasos de su padre.

Todo está en calma fuera de la casa; ni un alma por la calle de casas blancas, las persianas echadas, los perros dormidos junto a sus portales... Algún que otro gato rebuscando entre la basura y los grillos invisibles pero insistentes en su cantar, son los únicos que me acompañan despiertos a esta hora tan temprana.

Por el camino de tierra que lleva a la playa, voy cargando mi bolsa con el equipo de pesca, y mis dos cañas en la mano. Dentro de la barca, vieja y destartada, está el resto de las cosas que necesito: el cubo en su lugar, el impermeable por si llueve, los remos... todo listo para meter el bote en el agua.

La barca cruje un poco, molesta por el peso que le viene encima; "vieja y gruñona como tú" dice la Rosa, "un día se va a hundir, y tú te hundirás con ella". ¡Qué sabrán las mujeres sobre barcos! Listas son con los pies sobre la tierra pero en el mar, bah, histéricas como gatos.

Sí que resulta vieja aquí, medio enterrada en la arena de la playa; despintada y sucia; pocos años menos que yo debe tener. Pero ahí fuera, en el mar abierto, la más brava que se haya visto. Como dos jovencitos nos comportamos los dos; yo, emocionado sintiendo cómo el viento alborota mi pelo. Ella, sorteando valiente las olas de un mar revuelto, deslizándose casi sin tocar el agua del mar en calma, más veloz que cualquier yate de esos que plagan las aguas los domingos - tráguelos el mar, con su ruido y su contaminación -; y ni una grieta en todo este tiempo. Si ya lo dice mi esposa, que esta barca es mi gran amor, por mucho que le cambiase el nombre a la barca para rebautizarla como Rosa. Buena moza en aquellos tiempos, mi esposa; brava como la tormenta....

A estas horas el mar está tranquilo. Hay que darse prisa, el cielo comienza a clarear. Remo rápida y acompasadamente, mis brazos siguen fuertes como a los veinte años, aunque mis piernas comiencen a flaquear; cien metros... doscientos... Quién sabe a qué distancia estoy ya de ese pequeño punto que es mi pueblo. Más cercana parece la línea del horizonte por donde ya se cuele la luz del alba. Estos son momentos sagrados; ni un ruido, ni una ola, ni tan siquiera el sonido del viento: la salida del sol, rojo como el fuego, tan cercano a mí en apariencia, y tan pequeño, y tan lejano y gigantesco en realidad, como aprendí en alguna de las pocas clases a las que asistí de mozo.

Es cuando ya el sol se despeja totalmente de la tierra cuando rezo un momento, como el párroco don José me enseñó a hacerlo por haberme dado Dios la oportunidad de ver de nuevo este milagro diario. Algún día llegué a sentir que las lágrimas me empañaban la vista al contemplar semejante belleza.

Pero, eso sí, de esto a los del pueblo no se les dice nada, que luego andan diciendo en el casino que si un sensible y un romántico. ¡Ah, no!, que mucho me costó ganarme la fama de macho que envidiaban muchos jóvenes y que emocionaba a las mujeres.

Con el sol ya muy alto, parece que todo ha cobrado vida. Seguro que en el pueblo ya se están abriendo las ventanas... La Encarna ya estará atendiendo la panadería y seguro que Rosa se dirige hacia allá para comentarle que otra noche más la he dejado sin dormir con mis ronquidos. Pero si está sorda, y dormía como un lirón cuando me marché... Allá ellos, todos en el pueblo y en tierra firme. Ahora no existe nadie más que yo, el mar, y todos esos peces esperando el desayuno.

Preparo el anzuelo, clavando los gusanos con decisión - qué cara pone mi hijo cada vez que me ve hacerlo -; lista la caña, la inclino hacia atrás para dar impulso al sedal que ya vuela hasta quedar tirante, con el anzuelo bajo el agua; perfecto, tal y como mi padre me enseñó a hacerlo a los ocho años. Y ahora, a esperar. Las llisas saltan a lo lejos para sumergirse de nuevo en el agua, antes de que alguna gaviota de esas que sobrevuelan mi barco se lance en picado en busca de su desayuno. Así recuerdo el mío; el aire de mar abre el apetito.

¡Ah! Qué maravilla, mi mar. Tan tranquilo, limpio y cálido. No como aquel que conocí hace unos veinte años, cuando mi hijo primogénito insistió en que asistiera a su boda, allá en... bueno, algún pueblo de Asturias. Toda esa gente apelotonada en la playa, y el agua, helada. Papeles, botellas, plásticos... un asco. Y por supuesto, sin estas maravillosas salidas de sol. La primera y la última vez que me alejaba de mi hogar junto al Mediterráneo; lo prometí entonces, y no he roto aún mi promesa.

Pasan las horas rápidamente; el barco se llena de peces que aletean hasta morir; pescados grandes, por supuesto, no como los que cogen esos domingueros y creen que es una proeza. Peces que en poco tiempo podrían haber triplicado su tamaño. Pero mi pescado es de lo mejor, bien escogido y extraído del mar uno a uno; de la mejor calidad que en el pueblo se puede encontrar; y esos pesqueros que ya aparecen por el mar cerca de mí, cogerán miles de peces, pero no serán como los míos, no podrán estar tan orgullosos como yo lo estoy por cada pez que cae en mi trampa.

Es ya su hora, la de los grandes pesqueros; yo me voy ya, pero con las mejores piezas; el resto para ellos, y que les cunda. Yo ya sé que hoy también comeré bien.

Mi barca se va cansando, a medida que llegamos a la orilla, parece decirme "volvamos allá dentro; sólo un poco más. Tal vez mañana ya no podemos". Y poco le falta para convencerme, pero no; nuestro tiempo diario de felicidad ha terminado; me toca volver a lo que ellos llaman la vida "normal": a llevar mi pescado al mercado, en el casino, jugando al dominó, o tal vez al mus - según el dinero que las mujeres nos dejen hoy -, con una jarra de sangría bien fresca para defendernos del calor de este Agosto sofocante.

Me alejo por el camino de tierra, dejando la barca vacía, descansando sobre la arena, soñando con volver al mar.

La bolsa, las cañas, el pescado; cargando con todo regreso al hogar, dejando a cada paso otro pedazo de vida, pero sabiendo que mañana aún podré ver de nuevo la salida del sol, acompañado únicamente por mi barco, los peces... y Dios.

El pueblo fantasma

por María Olmedo, 12 de febrero de 1994

El campo está muerto, la tierra agrietada por la sequía que sufre desde antes que empezara el verano. Las plantas están casi secas y el viento levanta espesas nubes de polvo que hacen imposible respirar.

Pero ese movimiento de polvo y hojas secas es lo único que demuestra que el tiempo no se ha detenido en esta parte del mundo. El cielo es casi blanco y los ardientes rayos del sol abrasan la tierra casi desde que sale por el oriente hasta que, en apenas un par de segundos, desaparece por occidente, dando paso a la noche.

Ésta siempre tendrá más vida que el día: con los millones de estrellas que el cielo no esconde y el ruido de los animales que aprovechan el fresco de la noche para salir de sus guaridas -Ni siquiera las serpientes y lagartos parecen atreverse a ponerse bajo el sol-.

Ya no quedan más animales que reptiles y unos cuantos insectos. Ni conejos, ni pájaros. Parece que toda la vida murió junto con el último habitante del pueblo. Las langostas arrasaron hace tiempo la poca vegetación que quedaba, y ni ellas se han atrevido a volver por aquí.

Del pueblo no queda mucho. Las casas medio derruidas y llenas de tierra y plantas -que aquí encuentran sombras donde crecer-, cultivos abandonados y secos, pozos vacíos y calles por las que vuelve a colarse el campo.

En los días de más viento, cuando golpean las puertas contra las paredes y por las grietas de las ventanas de madera se filtra el aire, parece que los fantasmas de los antiguos habitantes volvieran a la vida, hablando entre sí e incluso cantando. Y alguna rama atrapada en un remolino de polvo que llega a tomar forma humana, bailando al son de los tristes gemidos que son la canción del pueblo.

Pero dura poco. Pronto el viento se detiene, las puertas quedan quietas y las ventanas callan. La tierra vuelve a posarse en el suelo con las ramas y los sueños, y vuelve a quedar muerto el campo y el pueblo.

A media tarde el sol aún aprieta. De pronto empiezan a temblar las plantas, de un modo casi imperceptible, y alguna piedrecilla se desprende de su roca. Comienza entonces a oírse un lejano rumor que parece decir: "Ya estoy aquí... ya estoy aquí..." Entonces chirría el suelo desvencijado de la ruinosa estación de ferrocarril, de la que apenas queda la caseta del jefe de estación y un cartel en el que en su tiempo podía leerse el nombre del pueblo.

Los fantasmas del pueblo han llegado a la estación, esperando que éste sea el tren que les saque de una vez por todas de este lugar.

El tren ya se ve, grande y rápido, no echa humo ni hay nadie asomado en la locomotora, listo para hacer sonar la campana. Se acerca, se hace cada vez más grande; llega a la estación y toda ella tiembla como si fuera a ser tragada por la tierra... y pasa de largo, perdiéndose en ese punto donde los raíles se funden en el horizonte.

Los fantasmas abandonan lentamente la estación y vuelven al pueblo; tampoco hoy se ha detenido. Volverán a intentarlo en el tren que debe pasar mañana -si no es domingo-. Algún día parará y sacará a todos estos pobres sueños olvidados del pueblo fantasma.

A mi esposo

por María Olmedo, 6 de abril de 1994

Como todas las noches, tú te sientas frente a la chimenea encendida, en tu sillón preferido, con las piernas cruzadas y leyendo la última novela que te regalé, o contemplando pensativo el fuego del hogar.

Y yo, a tu lado siempre, en un sillón como el tuyo, paso horas observándote; no existe la chimenea, ni el libro, ni el salón. Sólo tú y yo; solos, pero ahítos, llenos de felicidad y amor. Y pienso en lo feliz que me haces cada día desde el momento en que me despiertas cada mañana con un dulce beso en la mejilla, hasta que, rodeada por tus fuertes y delicados brazos duermo en la noche; e incluso entonces, sueño que me haces feliz.

Y te veo ahora en silencio: sereno, satisfecho y cómodo.

Y siento que no puedo aguantar tanta felicidad en mi corazón y río durante un momento, sin apartar los ojos de ti. Entonces vuelves tu mirada hacia mí, intentando averiguar en mis ojos el porqué de mi risa. Pero yo sólo te miro, me acerco a tu sillón, me arrodillo junto a ti y pongo mi mano sobre tu rodilla. Tú la coges y me sonríes con dulzura. Apoyo la cabeza en tu regazo, y entonces dejas a un lado el libro, y siento como tus manos acarician mi cabello muy suavemente; y los dos permanecemos en silencio mirando al fuego.

Y así, sin darnos cuenta, nuestro amor va creciendo todas las noches, y cada día te quiero un poco más.

Una hoja arrancada

por María Olmedo, 12 de septiembre de 1994

Pasaba lentamente las hojas del diario, un libro a medio escribir de cubiertas verdes y páginas amarillentas, deteniendo mi mano en algunas hojas donde una frase de grandes letras o con un color especial me llamaba la atención. Mi comunión, mi primera amiga, mi nuevo colegio...

En esas pocas páginas escritas estaba mi vida o, al menos, parte de ella. Momentos tristes, alegres, metidos en unas cuantas líneas mal escritas.

En medio de mis pensamientos, mis manos se detuvieron entre dos páginas, donde ahora sólo quedaban los restos de otra página, una hoja arrancada de mi vida como si el día que narraba no hubiera existido nunca.

¿Y qué pudo contener aquella hoja que ni siquiera recuerdo haber suprimido? ¿Qué sería de ella? Fue hace tantos años que no puedo recordarlo.

En realidad, qué más da. Quizá no dijese nada importante y por eso la olvidé, pero no puedo dejar de pensar en ese día de principio de semana y finales de mes, que ha desaparecido de mi vida y de la del resto del mundo sin que nadie se haya dado cuenta.

Era aquella época, sí, en un casi invierno húmedo y hermoso... Llovió esa tarde, seguro; las gotas cayendo y rebotando con fuerza sobre el tejado de la casa, que no dejaban concentrarme en lo que escribía. El perro lloraba junto a la puerta para que le dejásemos entrar en casa y mi hermano me gritaba que apagase la luz del pasillo. Sí, era un día hermoso... para disfrutarlo dentro de casa.

Seguro que esa tarde no salí. No es difícil de imaginar, ya que en esa época salía todavía menos de lo que salgo ahora, y entre semana, por supuesto, nada. Y con los amigos no se podía contar. Ya se sabe; era la época de la melancolía para unos y el romanticismo para otros; tardes ideales para meterse bajo un paraguas y disfrutar de la luna que sólo podemos imaginar se encuentra tras todas esas nubes. El problema es que un paraguas es sólo para dos.

Sí, claro, ahora recuerdo. Fue en uno de esos días cuando aquella medio amiga de clase - de la que ni siquiera recuerdo el nombre - vino al colegio con ojos encandilados; y tal vez fue este mismo día el que pasó las clases escribiendo una carta de amor para su nuevo novio, con el que duraría hasta tres hojas después en mi diario.

Esa tarde habría muchos hermanos en casa. Unos viendo la tele y otro con el ordenador. Mi madre preparaba la cena mientras otro de sus hijos le narraba su última aventura. Seguro que habría alguien hablando por teléfono -eso casi podría jurarlo-, mientras otro hermano le indicaba que llevaba hablando media hora.

Mi padre no habría llegado a casa, porque a las horas a las que él volvía yo solía estar ya acostada, especialmente cuando la cercanía de la Navidad le retenían más tiempo en la tienda trabajando.

Pero pronto volvería a casa, agotado y con ganas de disfrutar de una cena en familia, que compartiría con los hijos que no salieran esa noche y que no se hubiesen acostado ya. La mesa ya estaría lista para tres personas como máximo.

De modo que en casa, cada uno ocupado con sus cosas: el ordenador nuevo, un examen que voy a catear, el novio o novia que la familia no puede conocer -que somos todos unos chismosos-, o si me dejaran salir en estas fiestas. En fin, cada loco con su tema y ensimismados con nosotros mismos.

Pero, ¿y yo? Puedo imaginarme muchas cosas acerca de ese día de otoño sobre el cual en realidad no sé nada. Resulta imposible saber, por lo que pueda contar en las páginas anterior y posterior, lo que podía haber escrito en esa hoja arrancada.

Tal vez estaba rebosante de felicidad o quizá muerta de tristeza; no sé, mis estados de ánimo cambian con la facilidad con que paso una página del libro. Conté acaso una anécdota de mi interesante vida, o simplemente plasmé mi melancolía ante esta monótona existencia. Fue quizá un recuerdo de los que se fueron o una esperanza de lo que vendrá. Pudo ser la más bella poesía que haya escrito nunca, o un simple borrón de tinta que estropeó el papel.

Sólo Dios sabe qué contenía esa hoja olvidada de mi diario de tapas verdes y hojas amarillentas. Y al cerrar el libro, me olvidaré de esa hoja y de ese día que no significará nada para mí, nada más que una hoja arrancada que, como las hojas que caían de los árboles aquel día, se las llevó el viento a ninguna parte.

El reto de conocerme

por María Olmedo, 20 de marzo de 1995

A alguien a quien acabara de conocer le diría que me llamo María, que vivo en Madrid y que estoy trabajando.

Si fuera un conocido, ya sabría que soy M^a Amparo, que en Madrid es donde nací y que vivo en el campo. Que la mitad de mi vida es la Valencia de mi madre, y la otra pertenece a mi padre; que en una familia numerosa no se puede estar solo. Que estudié Secretariado pero me encanta la informática.

Si esa persona me conociera más a fondo, me llamaría María, sabría cuánto me gustan los animales, la vida en el campo los buenos libros y los clásicos del cine. Que entre el silencio y silencio, a veces digo algo interesante; que escribir y dibujar son mi verdadera vocación y que ser la pequeña de ocho hermanos tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

Si fuera un buen amigo, sabría que soy Amparo por Valencia, aunque nacida en San Isidro por Madrid. Que me gusta la Pascua, la Navidad y todas las fiestas en general. Que me gusta estudiar y que me gusta trabajar, porque lo que de verdad me gusta es aprender. Que imagino la Biblioteca Nacional como el paraíso, aunque mi único paraíso es Dios. Que me gusta la poesía y la canción que es un poema; bailar, comer y vivir. Que hasta un buen anuncio puede hacerme emocionar. Sabría que la vida en familia no siempre es fácil, pero que el optimismo es cosa de proponérselo.

Si esta persona supiera quién soy, comprendería gran parte de mi silencio. Sabría que amo la vida, la mía y la de los demás; y que después de ésta, la libertad es el bien más precioso del hombre. Que las personas son buenas por naturaleza y que no hay un infierno al que temer. Que no temo a mi muerte, sino a la de los otros; y que puedo ser mala y egoísta cuando quiero. Que me gustan los amigos, aunque tengo pocos; que con ellos y con todos me gusta escuchar, comprender y confiar.

Si me conociera alguien aún más que yo misma, sabría por qué nunca he podido bailar algo lento, aunque es lo que más desearía. Por qué me protejo siempre con la barrera, bien del silencio, bien de la palabra vana. Cómo puedo llevar los peores momentos con tanta calma, aunque me encante llorar por tonterías. Hasta qué punto el optimismo me hace olvidar lo malo y hasta qué punto vivo en un mundo de ilusiones.

Pero sólo Dios sabe qué me depara el futuro y qué les espera a los míos. Si siempre seré optimista, si seguiré escuchando a los amigos y si algún día uno de ellos podrá tirar la última piedra de mi muralla. Sólo Él sabe si un día me sentiré plenamente querida, y si un día podré ver con orgullo mi libro en la vitrina de una librería.

Pero sobre todo, y nadie más que Dios entiende, el único verdadero miedo de mi vida, la Soledad, en todos sus sentidos, y su único remedio, el Amor, en todas sus maneras.

Futura carta de amor

por María Olmedo, 15 de febrero de 1997

El brillo del sol se refleja en tus ojos convirtiéndose en fuego al fundirse con el mar. El mar se sacude contra tus pies descalzos sin que te des cuenta. El viento sacude tu camisa mientras tú, con las manos en los bolsillos y un nombre en los labios, te acuerdas de mí.

La noche cubre la ciudad y diminutas luces en la oscuridad son observadas desde la ventana de tu elevada oficina. Con tu impecable traje oscuro, la corbata aún en su sitio y el rostro relajado pero cansado, apoyas la mano en el cristal mientras te preguntas, observando todas esas luces, en cuál de ellas estaré yo.

En lo más oscuro de un bar, y abrumado por el humo y el ruido de cristal y risas, observas con cariño tu piano. Te arremangas la camisa para combatir el calor creciente y te pasas los dedos por el pelo. Haciendo oídos sordos a la petición de un cliente, acaricias suavemente cada una de las teclas componiendo la que será nuestra canción.

En casa con tus amigos y rodeado por latas de refrescos y platos llenos de palomitas, patatas y unos restos de hamburguesa, observas la televisión como si de ello dependiera tu vida. Y cuando el mejor jugador de vuestro equipo hace una escapada hacia la portería contraria, tu mente vuela más allá del partido y te preguntas en qué me entretendré yo hoy.

No me importa quien seas, pero allá donde estés, piensa en mí, como yo pienso en ti. Tal vez así nos resulte más fácil reconocernos cuando al fin nos encontremos.

